

Y no es que deje de interesarme el actual sangriento conflicto europeo. ¿Cómo no ha de interesarme la magnitud horriblemente trágica de esta guerra sin precedente en los anales de la historia? ¿Cómo pretender poner fronteras á mis ojos que instintivamente y llenos de amor se van, sin poderlo remediar, hacia el deseado triunfo de unos de los contendientes? ¿Cómo permanecer impasible ante el desolador aspecto que ofrece lo más fuerte, valioso y lozano de la humanidad despedazándose con instinto cruel, sanguinario y brutal? ¿Cómo no sentir sangrienta desgarraduras del alma al oír la ensordecedora gritería, los ayes de dolor agudísimo, estrofas de himno macabro que lanzan al aire repercutiendo en los ámbitos de la tierra toda tantos padres y madres, tantas esposas, tantos hijos?... Aborrezco en estos instantes la broza literaria de los estrategas al por mayor. Creo íntimamente que se impone poner cortapisas á la novísima cargante literatura inspirada en una punible ociosidad y que lleva como bagaje el lastre de una endiosada pedantería capaz de probar la paciencia del Job. Pero la guerra es un hecho, y es un hecho de actualidad que tiene su realidad en nuestro planeta. Son protagonistas millones de hermanos nuestros redimidos todos por la sangre del Mártir del Gólgota, todos dignos de nuestra compasión, todos merecedores de nuestra admiración y de nuestro cariño. Ya, pues, que la guerra es un hecho fatal que no está en nosotros evitarlo, aunque nos inclinemos por imperativo de nuestro criterio y de nuestras muchas veces no bien meditadas simpatías hacia cualquiera de los beligerantes, amortiguemos todo lo posible los inconscientes arrestos petulantes en el arte marcial, y eduquemos nuestra corazón en el sublime arte del sentimiento, del amor, de la caridad hacia aquellos infelices, hermanos nuestros, que aun cubiertos de gloria en el campo del honor, son víctimas de un progreso suicida y de una ambición desmedida. Yo admiro la sabia extrategia de Hindenburg en los lagos mayurianos y la valentía rayana en temeridad de los audaces submarinos y zepelinés; pero mi mayor admiración, mis más profundas simpatías, mis aplausos más fervientes, mis entusiasmos sin límites son ¿sabéis para quién? para el Pontífice de blanca vestidura que cual paloma que se escapa del Arca de Noé, recorre con solicitud angelical, toda la tierra á encontrar el raimo de oliva, símbolo de la paz. No hay que darle vueltas. La figura más simpática, la de más relieve por mu-

chos conceptos en esta fatídica época de universal carnicería humana, es la que se yergue magestuosa en las alturas del Vaticano, la que pone á continuación toda su enorme autoridad moral al servicio de la paz, y que de tal modo subyuga á los corazones nobles que éstos se rinden ante ella y exclaman: ¡apáguese los fogonazos de los cañones y de las ametralladoras, y paseese como visión bendita, siquiera sea sobre los cadáveres de los que ya han sucumbido en la lucha por su patria, el lábaro bendito, la cruz del Redentor que brinda la paz, enarbolada por el Padre de todos los católicos. ¡Paso á Benedicto XV!

*Un Pacífico.*

## SECCIÓN DE VARIEDADES

### EL HOSPICIANO

(CUENTO)

I

En el espacioso patio del Hospicio, los hospicianos juegan. Diseminados en grupos, unos se divierten saltando, otros echando el peón, y aquellos otros, los mayores, juegan al toro.

Todos estaban contentos, cada uno fijo en su diversión, cuando de pronto se oyeron fuertes voces que partían de un numeroso grupo de muchachos, los cuales rodeaban á Paco, muchacho de perversas intenciones, holgazán, y mandón de la *cuadrilla*: puesto ganado á fuerza de golpear á sus compañeros y á Andrés, muchachos laboriosos y trabajadores. La pendencia aunque al parecer motivada por el juego, era para satisfacer un castigo impuesto á Paco, por una de sus muchas travesuras, descubierta por Andrés y puesta en conocimiento de las Hermanas.

—¿Por qué dijiste á la Madre que yo me descolgué por la ventana del dormitorio al jardín y destruí dos rosales?—dijo Paco á Andrés.

Y Andrés le respondió:—se lo dije porque los pájaros, los árboles y las plantas se deben respetar, ya que sin ellos no podríamos vivir; y porque el que hoy por cojer unas flores que no le pertenecen se descuelga por una ventana, quién sabe si mañana, en vez de flores sea otra cosa lo que coja; y lo que antes fué una travesura degenera, en robo; y si al muchacho que la cometió le llamaran travieso, entonces le llamarían ladrón, condenándolo como á tal.

—Y, ¿en dónde has aprendido tú todo ese sermón, del cual no hago caso?